

¿Globalización liberal o imperialismo global? Cinco piezas de un rompecabezas

Fernando Coronil

Profesor. Universidad de Michigan.

En este ensayo intento explorar algunos elementos de la configuración actual del poder a escala mundial, y discutir conceptos que permitan caracterizar y cuestionar sus formas de dominio.¹ Si no es fácil examinar y nombrar el elusivo presente, pues este nos sorprende con caras nuevas justo cuando creíamos que ya nos era familiar, los sucesos del 11 de septiembre sin dudas rompieron el ya inestable piso desde el cual lo identificábamos e imaginábamos sus posibles futuros. Aun cuando una desproporcionada sensación de cambio es común entre quienes han vivido desgarradoras tragedias políticas, el 11 de septiembre se representa, sobre todo en los Estados Unidos, como un hito histórico que ha transformado el orden mundial. Si todo cambio, real o imaginado, invita a repensar la historia, esta crisis obliga a hacerlo. ¿En qué forma los eventos desencadenados por los ataques en Nueva York y Washington iluminan la configuración mundial del poder? ¿Cómo se constituyen las diferencias geohistóricas y culturales en la actualidad? ¿Cómo representar el presente?

11 de septiembre: globalización e imperialismo

Voy a traer el recuerdo de otro caso de violencia política, ocurrido también un 11 de septiembre, para enmarcar el tema que exploro en este ensayo. Hace tres décadas, también en esa fecha, muchos murieron en otra nación, como resultado de un ataque aéreo apoyado por agentes extranjeros contra edificaciones cargadas de significado político y simbólico. En este caso, el ataque fue un bombardeo contra el palacio presidencial que desencadenó la muerte del presidente electo, el derrocamiento de un gobierno constitucional y la muerte de miles de personas como consecuencia de la posterior represión del nuevo gobierno. Este otro 11 de septiembre ocurrió en el Sur, en Santiago de Chile, y es olvidado hoy en el Norte por quienes hacen del actual un hito histórico. Si observamos el 11 de septiembre de 2001 desde una perspectiva que incluya el de 1973, entenderemos mejor el significado de cada fecha y la historia común que las une.

Si lo usual es interpretar el de 1973 como una manifestación del imperialismo norteamericano en un mundo dividido entre dos potencias, también lo es ver

los eventos de septiembre de 2001 como una expresión de la globalización de la violencia, en un mundo crecientemente integrado por el mercado. En 1973, la violencia política de la llamada Guerra fría era la expresión de la competencia entre poderes imperiales y los pueblos del Tercer mundo. En 2001, después de la disolución de la lucha entre el socialismo y el capitalismo, la violencia política aparece como resultado de la acción de múltiples agentes en el interior de un mundo dividido por culturas, pero integrado por el mercado, sin mayor orden o agente central. Es esta violencia difusa, sin origen definido, sin reglas, la que parece haber explotado el 11 de septiembre de 2001.

La sensación de una violencia globalizada, desatada por esos sucesos, se apoya en ciertos fundamentos, entre los cuales quiero destacar tres. El primero tiene que ver con el lugar donde ocurrió. Es evidente que aunque debería ser igual, no es lo mismo que miles de personas mueran como resultado de una acción política en Panamá, Bosnia o Uganda a que esto ocurra en los Estados Unidos, sobre todo en su corazón financiero y político. El segundo tiene que ver con las víctimas de la violencia. No es igual que mueran personas involucradas en luchas políticas a que la muerte sorprenda a ciudadanos en sus quehaceres cotidianos, a pesar del parentesco tan cercano que estos puedan tener con las víctimas inocentes que toda guerra convencional inevitablemente acarrea —lo que se ha llamado, antisépticamente, en el lenguaje militar de los Estados Unidos *collateral damage*. El tercero concierne a los agentes políticos. Es muy distinto que miles mueran como consecuencia de la violencia estatal, incluso del terrorismo estatal, a que sean víctimas de manos invisibles o difícilmente identificables.

La violencia política, que antes estaba estrechamente asociada a la gestión estatal, ahora aparece vinculada también a la acción de variadísimos agentes privados, sin regulación nacional o internacional. Con la globalización neoliberal, pareciera que no solo todo tipo de mercancías, sino aun la violencia, se hubiesen liberado de la tutela y regulación estatales. A un mercado que se presenta como el reino de la circulación libre para toda mercancía, corresponde ahora lo que podríamos llamar un mercado libre para la violencia política.

Si complementamos esta caracterización del ataque con una observación, también breve, sobre el contrataque, los eventos del 11 de septiembre adquieren un sentido más complejo. El gobierno de los Estados Unidos ha reaccionado declarando una guerra sin fin contra un enemigo sin fronteras, identificado como un mal difuso y generalizado que, aunque opera en ciertas naciones con el posible apoyo de sus Estados, las trasciende; el terror aparece ahora como un enemigo

sin fronteras, mundial. La primera fase de esta guerra interminable es una batalla contra Osama Bin Laden y sus aliados. Ignacio Ramonet dice que esta es la primera vez que un Estado declara una guerra contra una persona.

La yuxtaposición de estos dos 11 de septiembre permite notar ciertas diferencias entre ellos, pero también una historia común. El ataque contra Salvador Allende fue una de las manifestaciones más reconocidas del poder imperial estadounidense en las Américas. Una alianza de agentes internos e internacionales pudo realizar el golpe porque contó con la ayuda logística de la CIA y el apoyo político del gobierno de los Estados Unidos. Como es sabido, el desarrollo de este país como poder imperial mundial ha tenido como condición el control del hemisferio americano. Podemos marcar este proceso con su conquista de la mitad de México a mediados del siglo XIX y su control, en 1898, de Puerto Rico y Cuba (y, fuera del hemisferio, de Guam y Filipinas). El protagonismo militar y político de los Estados Unidos durante la Segunda guerra mundial dio pie a la expansión, ya global, de su poder después de la guerra y a su consolidación como líder del mundo «libre». Si 1898 marca el traspaso a ellos del dominio imperial europeo (especialmente de Gran Bretaña) sobre las Américas, el año 1945 señala el inicio de la hegemonía mundial estadounidense. En el marco de la Guerra fría, cuya expresión más dramática fue la guerra en Viet Nam (que demostró tanto el poder imperial de los Estados Unidos como sus límites), lo que ocurrió en Chile abrió las puertas al modelo de economía neoliberal que, de receta económica para el Tercer mundo, se ha convertido en una cosmovisión mundial. El ataque del 11 de septiembre de 2001 es, en parte, una respuesta lamentable a la imposición de esta cosmovisión.

Es significativo que el ataque haya ocurrido contra dos símbolos complementarios del poderío estadounidense contemporáneo: el Estado, representado por el Pentágono, centro de su poder militar nacional, y el mercado, representado por el World Trade Center, centro de su poder económico mundial. Los eventos desencadenados a partir del ataque revelan el protagonismo no solo de agentes políticos privados, relativamente independientes, sino también de los Estados metropolitanos; la violencia surge diversamente, a la vez de manos privadas y públicas, en forma generalizada y concentrada. Los gobiernos europeos han reconocido el liderazgo de los Estados Unidos y brindado apoyo a su visión del orden mundial. Las guerras en Afganistán contra Osama Bin Laden y en Iraq contra Sadam Hussein son solo los primeros teatros de operaciones de una confrontación en múltiples formas, que amenaza con extenderse a otros

frentes, incluyendo la población norteamericana que, en su conjunto, ya ha perdido importantes derechos civiles y ha sido clasificada de acuerdo con el potencial supuestamente terrorista de ciertos sectores, sometidos cada vez más a vigilancia y persecución. El desarrollo de estos eventos hace evidente que la privatización y estatización de la violencia no son elementos definitorios de distintas fases o épocas, sino facetas simultáneas o complementarias de un complejo proceso.

Dado el papel del Estado y del nacionalismo en la violencia actual, es curioso, por tanto, que en Occidente las discusiones sobre los sucesos desencadenados por el ataque de septiembre de 2001 se hayan enfocado hacia la violencia privada, y que sea su aparente anarquía la que tienda a definir el sentir público, mientras que la guerra convencional desatada por el gobierno estadounidense aparece bañada por un aura de normalidad y legitimidad. Si reconocemos también la existencia de la violencia estatal, sería difícil desconocer el papel imperial de los Estados Unidos como guardián del orden mundial actual. Es revelador que ese papel está siendo celebrado cada vez más abiertamente por muchos de los defensores de la política internacional estadounidense. Irónicamente, la palabra «imperio» ha reaparecido ahora en el lenguaje político con signo positivo, mientras que el término «imperialismo» es notorio solo por su ausencia. Quien lo menciona siente la necesidad de justificar el uso del término, como lo hace Rossana Rossanda cuando, en respuesta a los sucesos del 11 de septiembre de 2001, dice «soy antimperialista, otra palabra que me parece signada al ostracismo».²

El ocaso del imperialismo

Este ostracismo del imperialismo en el discurso público, sin embargo, lejos de ser sorprendente, no hace más que confirmar una paradoja de nuestros tiempos. Es justamente cuando el planeta ha estado más sometido a la hegemonía del capitalismo a nivel mundial, cuando el imperialismo, una categoría que surgió para explicar procesos de dominación mundiales ligados a la expansión capitalista, ha dejado de estar de moda. Especialmente en los centros metropolitanos, pero no solo en ellos, el criterio común actual es que el imperialismo es algo del pasado. El uso de este término nos remonta a la época que termina en las décadas exaltadas de los años 60 y 70, un período de confianza en las ciencias y los saberes, cuyas certidumbres alimentaban la pasión política y la fe en las utopías. En el campo de las ciencias sociales, era la época en que los grandes relatos —los relatos liberales de la modernización o los marxistas de la transformación

socialista— gozaban de un auge en su credibilidad y popularidad. En contraste, en este período de dudas posmodernas y de desconfianza en las utopías, cuando el capitalismo aparece como el único horizonte posible y los Estados Unidos han consolidado su posición como el poder hegemónico mundial, según ha notado un analista, «uno necesita un microscopio electrónico para encontrar la palabra “imperialismo” usada para describir el papel de los Estados Unidos en el mundo».³

En el mundo académico, el vuelco hacia los *various* «posts» y «giros» ocurrido a partir de los años 80 (el postestructuralismo, el «giro lingüístico», etc.) abrió un espacio para los estudios culturales, los cuales, como ha notado acuciosamente Gil Joseph, se han dedicado mayormente a la investigación de aspectos culturales del trinomio clase, género y raza en áreas bastante delimitadas.⁴ Por otra parte, en el campo de los estudios poscoloniales es común indicar que el «post» no indica un cambio de etapa, un «después», sino más bien un nuevo enfoque. Sin embargo, los autores y trabajos que han definido este campo se han centrado en el período colonial.

Quiero destacar tres aspectos de esta paradójica exclusión del imperialismo. Primero, el campo de los estudios poscoloniales ha tenido su auge en los centros metropolitanos, precisamente durante el crepúsculo del colonialismo como realidad histórica. Segundo, las formas de sujeción que han afectado a las ex colonias como naciones formalmente independientes solo han recibido atención tangencial por parte de los estudios poscoloniales metropolitanos, los cuales se han enfocado en la experiencia colonial de Europa noroccidental en Asia y África. Tercero, la amplia literatura producida en las Américas sobre su experiencia poscolonial, caracterizada por el intento de relacionar las cambiantes formas del imperialismo colonial y poscolonial, brilla por su ausencia en los estudios metropolitanos, lo cual ha contribuido a mantener en la oscuridad de los márgenes a la investigación sobre formas de dominio poscolonial.

Este último punto merece destacarse. Basta una somera revisión de las compilaciones de los textos poscoloniales canónicos, como ha notado agudamente Peter Hulme, para observar que, en ellas, América aparece solo marginalmente, si es que aparece. Esto no deja de ser sorprendente, dado el papel de las Américas en la formación del colonialismo moderno, así como su compleja historia poscolonial. Después de una larga experiencia bajo el dominio de los primeros poderes imperiales de la época moderna —España y Portugal—, y también, en menor escala, de Francia, Inglaterra y Holanda, América Latina y el Caribe han afrontado, desde la independencia de la mayoría de sus países en 1825, distintas modalidades del imperialismo

particularmente, el británico y el estadounidense (algunos autores incluirían en esta categoría la presencia soviética, pasando por alto las notables diferencias de todo orden que existieron en las relaciones de la Unión Soviética con Cuba). Desde finales del siglo XIX, América Latina y el Caribe han sido los territorios donde los Estados Unidos han ejercido con mayor intensidad su dominio imperial, aun después de haber surgido, a partir de la Segunda guerra mundial, como el poder hegemónico mundial.

Los estudios culturales y poscoloniales han abordado el imperialismo haciendo énfasis en la cultura imperial del pasado. A pesar de que el «post» de los estudios poscoloniales indica un cambio de enfoque y no un «después», esa mirada al pasado por parte de quienes han iluminado tanto los mecanismos del poder en la época colonial, sobre todo en sus aspectos culturales, hace que los modos de dominio en la era literalmente poscolonial permanezcan sumidos en una cómoda oscuridad. Como resultado de esta tendencia, no solo las relaciones entre el colonialismo y el neocolonialismo o entre el imperialismo colonial y el nacional, sino también la economía política del imperio y la política misma, han dejado de ser tópicos centrales.

Es obvio que las agendas intelectuales no se definen solo por criterios de relevancia. La desaparición del imperialismo como categoría, en esta época de globalización galopante, hace aún más extraño el misterioso movimiento de las modas intelectuales. ¿Qué determina que ciertos tópicos y modos de análisis sean canonizados mientras otros son marginados o caen en la oscuridad? ¿A través de qué canales la teoría «viaja» entre disciplinas académicas y zonas geopolíticas de desigual poder? ¿Qué poder hace que los académicos, de la misma forma en que adaptamos nuestros vestuarios a las cambiantes modas, aunque no siempre se ajusten a nuestros gustos o deseos iniciales, terminemos empleando más o menos el mismo discurso y hablando de las mismas cosas? Si el conocimiento se viste de inocencia, es solo porque oculta bajo sus ropajes las relaciones de poder que lo hacen posible. Por ello es imperativo entender las múltiples operaciones a través de las cuales se universalizan formas regionales de conocimiento, transformando el sentido de unos pocos con mucho poder en el sentido común.

En vez de aceptar el supuesto sentido común dentro del cual nadamos impulsados por poderosas corrientes que, por familiares, se hacen invisibles, es necesario interrogar sus supuestos con el fin de construir un sentido histórico realmente común; es decir, no excluyente, genuinamente democrático. Dado el juego de intereses en los centros académicos metropolitanos, no es extraño que corrientes normalizadoras segreguen, en campos aislados de estudio, el colonialismo y el

imperialismo. En contraste, en América Latina y el Caribe, donde existe una larga experiencia poscolonial caracterizada por renovadas formas de sujeción política internacional, y permanentes exclusiones internas, lo normal es que las corrientes del pensamiento fluyan hacia el estudio de la relación entre la subordinación en el pasado y en el presente.

Desde las Américas

En América hay una larga tradición, tanto intelectual como política, que ha explorado la estrecha relación entre el colonialismo y el neocolonialismo, entre el dominio político directo ejercido por España y Portugal y el control económico ejercido por Inglaterra, los Estados Unidos y otros centros metropolitanos. Esta preocupación, presente ya en los primeros libertadores, como Toussaint Louverture y Simón Bolívar, encuentra clarísima expresión en José Martí, por cuanto, en Cuba, la lucha contra el decadente colonialismo español, a finales del siglo XIX, coincidió con la confrontación con el emergente imperialismo estadounidense. También aparece en los trabajos de pensadores sociales latinoamericanos de la primera mitad del siglo XX que afrontaron las dificultades de realizar el proyecto nacional —por ejemplo, José Carlos Mariátegui y Raúl Prebisch—, así como en los de su segunda mitad, cuando un grupo de científicos sociales empezó a ver en la dependencia una condición estructural difícil de romper, como en los pioneros trabajos de Aníbal Quijano y Fernando Henrique Cardoso, en la década de los 60. Esta tradición encuentra una rica expresión en la novelística, por ejemplo, en las obras de Augusto Roa Bastos, Gabriel García Márquez y Alejo Carpentier. Para todos estos pensadores, el fin del colonialismo marca el inicio de nuevas relaciones de dependencia poscolonial.

Naturalmente, hay distintas maneras de interpretar la experiencia colonial y poscolonial americana. Incluso hay quien ha argumentado, con refinado esmero, que el colonialismo en las Américas no es una realidad histórica, sino un «espejismo» creado por académicos en busca de agendas políticas, dada la crisis del socialismo y del marxismo. No deja de ser revelador que este planteamiento presuponga al colonialismo noreuropeo como patrón. Influenciado precisamente por los estudios poscoloniales metropolitanos, Jorge Klor de Alva argumenta que el colonialismo tiene rasgos muy precisos que lo restringen al «modo de dominación directo e indirecto de un pueblo por otro» ejemplificado por la experiencia colonial de Inglaterra y Francia en África y Asia después del siglo XVIII. Según este criterio, entre el siglo XVI y el XVIII, salvo con

Una concepción global del desarrollo del capitalismo permite concebir al imperialismo también como un proceso global, no como una etapa superior del capitalismo, sino como una condición de su desarrollo.

respecto a ciertas poblaciones aisladas, no hubo colonialismo en América. Si bien es muy cierto, como dice Klor de Alva, «que México no es otra versión de la India, ni Brasil es otro tipo de Indonesia, ni los latinos en los Estados Unidos [...] son como los argelinos en Francia»⁵ esto quiere decir que México, Brasil y los latinos no han sido sujetos coloniales solo si aceptamos, en primer lugar, los criterios que Klor de Alva usa para definir al colonialismo. Aparte de que estos criterios no reconocen las variadas formas del colonialismo noreuropeo en África y Asia, lo establecen como el patrón universal para definirlo. En vez de cuestionar los criterios a través de los cuales una historia local se convierte en modelo de la universal, obligando a que otras se midan en relación con ese patrón general, Klor de Alva acepta los términos de la discusión del colonialismo en los centros metropolitanos, convirtiendo *de facto* la marginación de las Américas de estas discusiones en una exclusión teóricamente justificada.

En otros textos he argumentado que este relegamiento ha significado la omisión no solo de la compleja experiencia histórica de una amplia área geopolítica, que estableció modelos para la expansión colonial europea en otras zonas, sino también de una riquísima tradición de reflexiones sobre las persistentes relaciones de sujeción poscolonial. Estas han incluido estudios sobre el neocolonialismo, el colonialismo interno, la dependencia, y la cultura occidental y, más recientemente, sobre las relaciones de etnicidad, género y clase, no solo en América Latina y el Caribe, sino entre la población latina de los Estados Unidos. Sostengo que, sobre la base de estos estudios, la mucho más larga experiencia poscolonial de las Américas hace que su inclusión en los debates permita repensar el colonialismo y el imperialismo. El propósito de extender el horizonte histórico no es solo ampliar el campo de discusión sobre estos temas, sino refinar los términos en que se ha llevado a cabo.

Tomemos por ejemplo el lapso 1850-1950, período discutido en el Congreso sobre el imperialismo, organizado por el Instituto de Tella, donde presenté una primera versión de este ensayo. Desde la perspectiva de los estudios poscoloniales metropolitanos, influidos por la experiencia imperial noreuropea en Asia y África, mientras 1850 marca el alba del colonialismo y del

imperialismo que lo impulsaba, 1950 señala el crepúsculo de ambos. En contraste, desde la experiencia de América Latina y el Caribe, el siglo comprendido entre esas dos fechas marca más bien el surgimiento de los Estados Unidos como poder imperial hemisférico. Durante esa centuria, los Estados Unidos desplazaron tanto a España y Portugal —cuyos vínculos coloniales directos vieron su fin con los movimientos independentistas—, como a Inglaterra, cuyo «imperialismo informal», ejercido fundamentalmente a través del dominio sobre el mercado americano, vivió su auge durante la segunda mitad del siglo XIX. Desde una perspectiva basada en la historia de América, familiarizada con los mecanismos imperiales informales, 1950 anuncia no el crepúsculo del imperialismo colonial, sino el amanecer de los Estados Unidos como poder imperial ya no hemisférico, sino mundial. Es, pues, desde la experiencia de América Latina y el Caribe que, en buena parte, quisiera explorar la configuración del poder mundial en el período que va de la Segunda guerra mundial hasta el presente, lapso que ha visto el desplazamiento del término «imperialismo» por el de «globalización».

La globalización neoliberal y el imperialismo global

Entre los muchos trabajos que han analizado la configuración del poder mundial en el presente, quiero destacar el escrito por uno de los intelectuales más lúcidos de América Latina de los últimos tiempos. Se trata de un artículo del Subcomandante Marcos titulado «La cuarta guerra mundial ha empezado», publicado por *Le Monde Diplomatique* en 1997.⁶ Escrito con su reconocida agilidad y humor, el artículo tiene tres virtudes que quisiera destacar.

Primero, Marcos evalúa la globalización neoliberal por sus efectos y la considera como una «guerra de conquista de territorios», dejando a un lado criterios formales que definen las guerras convencionales, y privilegiando más bien las consecuencias de las cambiantes modalidades del poder y la violencia.

Segundo, este trabajo reperiodiza la historia del siglo XX desde la perspectiva del Sur. Marcos acepta la

interpretación de la historiografía convencional sobre las dos primeras guerras mundiales como imperiales, que involucraron una redistribución de territorios y áreas de influencia por parte de los poderes metropolitanos. Pero rebautiza a la llamada Guerra fría como la «Tercera guerra mundial», argumentando no solo que, en realidad, esta fue una guerra «caliente» que tomó la vida de 23 millones de personas en 129 conflictos armados, sino también que se combatió fundamentalmente en el llamado Tercer mundo.

Tercero, haciendo gala de una fina sensibilidad metodológica, por medio de la selección de fragmentos, Marcos nos ofrece una comprensión de la globalización neoliberal como un todo. Presentando sus fragmentos como parte de un rompecabezas que hay que armar, evoca una epistemología performativa que contrasta con el objetivismo reflexionista que con frecuencia caracteriza la discusión sobre la base de «modelos» o «mapas». Aunque su análisis opera a través de fragmentos, lejos de celebrar lo fragmentario, como es común en los estudios posmodernos y poscoloniales, usa sus piezas para «armar» un todo. Su intento de armar el rompecabezas de la globalización es, al mismo tiempo, una invitación para reconocer su carácter inconcluso y seguir armándolo. En su rompecabezas no hay oposición, sino articulación entre las partes y el todo.

Sus siete piezas, fundamentadas en una breve, pero adecuada documentación, contribuyen a dar una imagen del conjunto. Las primeras seis destacan la creciente polarización de la humanidad entre «ricos» y «pobres», términos que usa como categorías muy generales. Los ricos, los sectores dominantes, ya no están organizados principalmente en relación con las unidades asociadas a la época moderna, como el Estado-nación, el mercado nacional y las clases sociales domésticas. Los ricos, sin prescindir de sus vínculos nacionales, ahora forman redes transnacionales apoyadas por los Estados metropolitanos y los periféricos. Si bien todos los Estados han sido sometidos a lo que Marcos llama un *strip-tease* que ha llevado a que se despojen de sus funciones de beneficio social y protección al mercado doméstico, siguen ejerciendo, más desnudamente, sus funciones de control y represión social, sobre todo en los países más escindidos internamente.

Mientras que sus primeras seis piezas dan una imagen de la concentración del poder político y económico en «bolsones» globales integrados entre sí, la séptima nos lleva a imaginar a la gran mayoría de los excluidos —que tampoco cuadran dentro de las categorías tradicionales—, formando «bolsones» locales de resistencia contra la dominación mundial. En respuesta a las del poder global, Marcos celebra la proliferación

de estos variadísimos bolsones de resistencia, dispersos a lo largo y ancho del globo.

Pensando la globalización neoliberal, en buena parte, desde las Américas, e inspirado por el rompecabezas de Marcos, me propongo agregarle unas piezas. Mis piezas son solo unas notas fragmentarias que intentan esbozar la cara que asume el dominio en la época actual y pensar en la utilidad de identificarlo como una nueva forma de imperialismo: el imperialismo global.

Cinco piezas para armar el rompecabezas del imperialismo global

1. Imperialismo: utilidad del concepto

Como es sabido, no hay unanimidad sobre el tema del imperialismo. Convencionalmente, el criterio que distingue al imperialismo moderno de formas anteriores de dominación entre pueblos es su relación con los Estados nacionales y con el capitalismo. En su ya clásica proposición, Lenin lo vio como la etapa más alta del capitalismo definida por la competencia entre potencias a través de los monopolios y la exportación de capitales.⁷ Por su parte, Kaustky enfatizó, más bien, la alianza entre poderes imperiales y la explotación de los países más pobres.⁸ Su concepto de ultraimperialismo ha sido aplicado a la época caracterizada por la emergencia de un consenso entre poderes imperiales y la intensificación de conflictos entre el centro y la periferia.

Analistas contemporáneos han cuestionado la relevancia del concepto para designar procesos de dominación en un mundo unificado por el mercado mundial. Para el historiador Eric Hobsbawm, el imperialismo ha dejado de ser una categoría analítica válida, dado el desarrollo de una economía transnacional que ya no es controlada siquiera por una asociación de gobiernos.⁹ En su aclamado *Empire*, Toni Negri y Michael Hardt argumentan que el nuevo orden mundial marca el fin del imperialismo y el surgimiento del imperio, un nuevo sistema de dominación caracterizado por el predominio del mercado global, el ocaso de los Estados-naciones, y la polarización del mundo entre redes transnacionales y multitudes excluidas.¹⁰

Para Negri y Hardt, el fin del imperialismo es la condición para la emergencia del «imperio» como la forma de poder de una nueva época. Bajo el imperio, no existen Estados imperiales en lucha por controlar el mercado o por conquistar poblaciones, sino un mercado global cruzado por redes transnacionales, que ejercen poder sobre Estados y pueblos. Así como la soberanía ha sido desplazada de los Estados nacionales hacia nuevos agentes y lugares transnacionales, la lucha

por la liberación está ahora en manos de multitudes, sin restricciones territoriales. Para estos analistas, el imperialismo como categoría debe ser restringido a una relación entre Estados-naciones en una época limitada del desarrollo del capitalismo.

Desde distintas posiciones, otros han defendido la relevancia del imperialismo para el presente. Para Harry Magdoff, el imperialismo funciona más que nunca en un mercado global, solo que a través de una articulación distinta entre los Estados y el capitalismo, caracterizada por el predominio de las fuerzas centrifugas del capitalismo.¹¹ Reconociendo también el impacto que ha tenido el mercado mundial sobre los Estados, para Michael Geyer, el imperialismo es especialmente relevante para examinar las profundas fracturas internas de un mundo a la vez integrado y fracturado por procesos de colonización interna; según él, la guerra es ahora civil, más que entre los Estados.¹²

Hans Kohn observó hace años que si todo colonialismo implica imperialismo, no todo imperialismo implica colonialismo.¹³ La noción de imperialismo informal —desarrollada en relación con el estudio del imperialismo británico—, así como los numerosos trabajos que han enfatizado el carácter imperialista de la relación de los Estados Unidos con América Latina y el Caribe, permiten pensar al imperialismo global como una forma de dominio ejercida predominantemente a través del mercado, con apoyo estatal. Esta forma de imperialismo supone una alianza transnacional de los sectores dominantes de varios Estados sobre poblaciones definidas, cada vez menos por su ubicación en territorios nacionales, que por su posición en un espacio global crecientemente polarizado a nivel cultural y económico. Dentro de este orden mundial, los Estados desempeñan un papel central, apoyando el despliegue del mercado y estableciendo relaciones, tanto competitivas como de alianza, de acuerdo con su desigual poder y distintos intereses e ideales.

En este contexto, el Estado norteamericano tiene un papel fundamental. En un artículo reciente, Leo Panitch se apoya en ideas de Poulantzas para sugerir que, en la época actual, el imperialismo se organiza bajo el poder hegemónico de los Estados Unidos como el «nuevo Estado imperial», es decir, como eslabón central de lo que Poulantzas denominó una «cadena imperialista».¹⁴ De acuerdo con esta concepción, la hegemonía de los Estados Unidos sobre otros Estados metropolitanos se distingue de la ejercida por potencias de otras épocas, porque se desarrolla por medio de la generalización de su economía a nivel mundial. Como dice Panitch, esta hegemonía involucra «un nuevo tipo de imperialismo no-territorial implantado y mantenido no por medio del dominio directo de la metrópolis, ni

por medio de la subordinación política de tipo neocolonial», sino más bien, citando a Poulantzas, induciendo el «establecimiento de relaciones de producción que caracterizan al capitalismo monopolista estadounidense y su dominio en el seno de otros centros metropolitanos».¹⁵

Estas ideas permiten descentrar y repensar tanto al capitalismo como al imperialismo a partir de una perspectiva desde las Américas. Una concepción global del desarrollo del capitalismo permite concebir al imperialismo también como un proceso global, no como una etapa superior del capitalismo, sino como una condición de su desarrollo. El germen de esta idea ya lo había sugerido Haya de la Torre cuando indicaba que, para América Latina, el imperialismo no era la etapa superior del capitalismo, sino la primera fase de su desarrollo. Pero no solo de su desarrollo capitalista, sino del desarrollo del capitalismo a nivel mundial. Esta concepción hace repensar las características que han definido al imperialismo (por ejemplo, la exportación de capitales o la competencia entre poderes metropolitanos) como procesos que ya estaban presentes en la colonización de las Américas, aunque naturalmente en forma distinta a como la teorizaron Lenin y Kautsky sobre la base de otros referentes. Aun cuando no se trataba de la exportación de capitales de Estados nacionales ni tampoco de la competencia entre ellos, ya la colonización de las Américas involucró tanto la exportación de capitales en forma de dinero, mercancías y bienes de capital, como la competencia entre poderes imperiales.

A partir de esta amplia concepción del imperialismo, sugiero la utilidad de distinguir tres de sus modalidades: colonial, nacional, y global. Trazando distinciones, con brocha gorda, diría que el imperialismo colonial consiste en el dominio de un imperio sobre sus colonias por medios fundamentalmente políticos; el imperialismo nacional caracteriza al control de una nación sobre otras independientes, por medios predominantemente económicos a través de la mediación de su Estado; y el imperialismo global identifica el poder de redes transnacionales sobre las poblaciones del planeta por medio de un mercado mundial sustentado por los Estados metropolitanos, dentro de los cuales los Estados Unidos desempeñan actualmente un papel hegemónico. Aun cuando estos conceptos denotan tanto etapas como tendencias dominantes de procesos históricos complejos, es necesario reconocer que el carácter temporal del devenir histórico es lo que permite pensar en continuidades y legados, así como en innovaciones y rupturas. Es evidente que mientras que el imperialismo global puede estar presente en el colonial solo en forma incipiente, el imperialismo colonial se hace presente en el global a través de un rico legado institucional y de un sedimentado cauce de memorias.

El imperialismo colonial fue posible antes del imperialismo global, y a la vez lo hizo posible.

Desde esta perspectiva, el imperialismo es una categoría que abarca un amplio horizonte histórico que incluye al colonialismo. Esta concepción contrasta con la de colegas que privilegian el colonialismo como categoría de alcance general. Tanto Aníbal Quijano, a través de su concepto de la «colonialidad del poder»,¹⁶ como Walter Mignolo, quien se ha apoyado en ese concepto para desarrollar su tesis acerca de la «diferencia colonial»¹⁷ consideran al colonialismo como el término clave para pensar la modernidad desde una perspectiva crítica. Por cuanto el «colonialismo» como el «imperialismo» identifican etapas históricas y sus legados, escoger uno u otro concepto obedece menos a líneas fijas de periodización historiográfica que a flexibles líneas de investigación. Prefiero usar el término «imperialismo» por razones estratégicas, a la vez que analíticas. En respuesta a la moda de los estudios coloniales en los centros metropolitanos, cuya cara oscura ha sido cierto desdén por el estudio de la dominación imperial contemporánea, mi propósito es limitar *colonialismo* al sometimiento de colonias formales, y usar *imperialismo* como categoría más inclusiva, que permite enfocar el presente, reconociendo continuidades, a la vez que diferencias.

Mi preferencia por precisar el campo histórico del colonialismo permite repensar «la colonialidad del poder», el valioso concepto de Quijano. Según mi parecer, este concepto aún podría dar más provechosos frutos si lo distinguimos de otros modos de dominio imperial y evitamos relacionarlo con el poder como una categoría general. En este sentido, creo necesario invertir sus términos. Si reemplazamos colonialidad del poder por «poder de la colonialidad», creo que resistimos la inclinación de reificar al colonialismo o concebirlo como una forma inherente al poder y designamos más claramente las formas de dominio históricamente relacionadas con el colonialismo, incluyendo sus legados y epistemologías. Siguiendo el camino que ha trazado Aníbal Quijano con tanto brillo, como término más inclusivo sugeriría usar el de «poder de la imperialidad», cuyas manifestaciones históricas encontrarían expresión en sus modalidades coloniales, nacionales y globales.

Los sucesos del 11 de septiembre demuestran el íntimo entrecruzamiento entre prácticas y discursos coloniales e imperiales, la fusión entre imperialismo colonial, nacional y global. En respuesta al ataque, el Estado norteamericano ha asumido la defensa de la nación usando recursos ideológicos que revitalizan la maniquea oposición colonial entre civilización y barbarie, y ha desplegado una política militar y económica que promueve los intereses transnacionales de sus sectores

dominantes. A la vez que sectores transnacionalizados han encontrado en su Estado el mejor apoyo, este se ha apoyado en ellos para consolidar un proyecto que es, al mismo tiempo, patriótico e internacional. En el juego político interno de los Estados Unidos, la guerra ha fundido y confundido los intereses nacionales y globales.

2. Redefinición de las unidades geohistóricas: relación entre Estado y mercado

El imperialismo global implica un reordenamiento y una redefinición de las unidades geohistóricas básicas del imperialismo moderno en términos que expresan un creciente predominio del mercado global sobre los Estados nacionales. Desde el siglo XVI, estas unidades se han constituido a través de cambiantes relaciones entre Estados y mercados. Lo que distingue al imperialismo global es que, por primera vez, el mercado mundial ejerce un papel dominante sobre los Estados en su conjunto, condicionando sus funciones y determinando la formación de identidades colectivas dentro y fuera de sus fronteras. Como los sucesos de los dos 11 de septiembre hacen evidente, esta relación, sin embargo, está mediada por los Estados, en especial por los metropolitanos dominantes.

La generalización de relaciones capitalistas a nivel mundial y la concentración del capital en fluidas redes transnacionales, integradas por sectores dominantes domésticos, han desplazado cada vez más al poder de Estados nacionales anclados en territorios fijos. Estos se relacionan con el mercado mundial condicionados, en gran parte, por el poder de sus mercados internos. Todos tienen que adaptarse al mercado mundial, pero mientras que los Estados del Sur deben someterse a sus movimientos y a los dictados de las instituciones que lo representan (como el Fondo Monetario Internacional), los de las naciones metropolitanas poseen mayor capacidad de desarrollar políticas internas e internacionales que articulen los intereses domésticos dominantes con los del mercado globalizado.

Este ampliado poder del mercado refleja el grado creciente de abstracción de las unidades geopolíticas del imperialismo. En el imperialismo colonial estas unidades son imperios políticos, frecuentemente personificados a través de monarcas o corporaciones con identidades legales claras, y ámbitos de acción bastante precisos, que ejercen dominio directo o indirecto sobre sus territorios y poblaciones de ultramar. En el imperialismo nacional, estas unidades son naciones independientes, surgidas del imperialismo colonial, vinculadas por relaciones económicas y políticas asimétricas, a través de las cuales se mantienen relaciones de subordinación y dependencia. Tanto en el imperialismo colonial como en el nacional,

el poder político se ejerce a través del control sobre territorios, cuyas fronteras son líneas trazadas por la mano jurídica del Estado sobre la geografía física, aprovechando, en lo posible, sus linderos naturales —costas, ríos y montañas— y defendidas con celo por la mano armada estatal. Dentro de estas fronteras, que definen el ámbito de las identidades nacionales e imperiales, los Estados continúan ejerciendo considerable control sobre sujetos y bienes.

En el imperialismo global las unidades geopolíticas se definen por procesos que integran lo político-territorial con lo económico-global; es decir, el poder social es ejercido a través de Estados y unidades económicas, en un mercado globalizado que es cada vez más flexible en cuanto a sus formas de territorialidad. Todo pareciera indicar que en esta forma de imperialismo, lo fundamental no es tanto la relación del Estado con su territorio jurídico-natural, sino con nuevas formas de territorialidad social definidas por los efectos del mercado mundial sobre poblaciones, cuya localización espacial refleja la cambiante estructura asimétrica del mercado mundial. Si en los imperialismos colonial y nacional el predominio de los Estados hace que la territorialidad sea un fundamento definitorio de unidades geopolíticas básicas, en el global el predominio del mercado mundial —mediado por instituciones estatales y transnacionales, incluyendo empresas económicas, organizaciones no gubernamentales y comunidades de expertos— hace que la territorialidad exprese más bien la cambiante estructura del mercado a nivel mundial. Lejos de descartarlos, el imperialismo global se apoya en los Estados metropolitanos; la globalización del mercado va unida no a la desaparición, sino a la redefinición del Estado y de sus relaciones con la economía. El papel dominante de los Estados Unidos después del 11 de septiembre de 2001 revela no solo el poder del Estado norteamericano, sino el peso mundial de su mercado nacional y de sus redes internacionales.

La estructura cada vez más polarizada del mercado crea zonas de desigual poder no solo entre naciones y regiones, sino en el seno de estas, desarticulando y fragmentando identidades colectivas formadas por medio de categorías identitarias, cuyo sentido ha dependido mayormente de su articulación local en ámbitos geopolíticos limitados, como son la nacionalidad, y las clases y culturas locales. En estas zonas se desarrollan también movimientos sociales organizados por luchas concretas, como los nuevos movimientos indigenistas en Ecuador y Perú, los zapatistas en Chiapas, los sin tierra en Brasil y los piqueteros argentinos.

3. La creciente reorganización y abstracción de la división internacional del capital, el trabajo y la naturaleza

El imperialismo global implica una reorganización de la división internacional del capital, el trabajo y la naturaleza, en términos que reflejan la creciente hegemonía, generalización y abstracción del capital transnacional. El imperialismo colonial sentó las bases para una división internacional que definió las colonias como productoras de mano de obra barata y de bienes primarios destinados a servir las necesidades de los centros metropolitanos. A la vez, los poderes metropolitanos se constituyeron en centros del saber y productores de bienes manufacturados.

Durante el período del imperialismo nacional, los Estados buscaron romper este legado colonial o, al menos, superar sus límites a través de diversos mecanismos de protección estatal a la economía doméstica y el mercado interno. A pesar de esfuerzos por diversificar la producción local y defender los precios de sus productos primarios básicos, estas políticas encontraron límites que obligaron a abandonar el proteccionismo y abrirse hacia el mercado libre mundial. El aumento de los precios petroleros, en 1973, marca tanto el triunfo momentáneo de países petroleros de valorar sus bienes primarios, como la capacidad de los centros metropolitanos de reorganizar patrones de producción a nivel mundial. El giro hacia el mercado libre y el endeudamiento de buena parte del Tercer mundo encuentran su origen en el *shock* momentáneo causado por la crisis energética de los 70.

En el contexto del imperialismo global se ha llegado al establecimiento de un patrón mundial de producción, financiamiento y consumo, controlado por un número cada vez más reducido de conglomerados internacionales. Impulsado por el juego del libre mercado y las ventajas comparativas, esta organización hace que los países del antes llamado Tercer mundo sean ahora el ámbito territorial donde capitales cada vez más móviles se especializan en la producción de mercancías intensivas de trabajo y de naturaleza, lo cual ha llevado a una reprimarización de sus economías, sin descontar enclaves de producción de bienes complejos, principalmente en países con mercados amplios como Brasil, pero también en países más pequeños con políticas que favorecen la exportación.

El imperialismo global lleva a la generalización y abstracción del capital como la modalidad dominante de la riqueza. El mercado mundial se ha transformado, de un ámbito de intercambio de bienes producidos en zonas geopolíticas territoriales, en una red mundial de relaciones productivas, comerciales y financieras. Este proceso está marcado por una creciente homogeneización

Bajo el imperialismo global, al igual que el trabajo y el capital, la naturaleza se transforma en una modalidad más abstracta de la riqueza, medida en términos del capital.

y abstracción de la riqueza, medida en términos del capital, que ha conducido a la transformación de todo bien en mercancías cada vez más fragmentadas, en unidades comerciables no solo en el presente, sino en el futuro, como los derivados. Las finanzas, organizadas en flujos que integran distintas regiones geográficas, así como distintas temporalidades, someten a las estructuras productivas, territorialmente ancladas en el presente, a la presión de flujos financieros que articulan el presente y el futuro. Como ha señalado un banquero de Hong Kong, «ya no es la economía real la que maneja los mercados financieros, sino los mercados financieros los que manejan la economía real». El capital, liberado de regulaciones estatales, se canaliza a través de derivados que han crecido exponencialmente: en 1997 fueron intercambiados por un valor de 360 trillones de dólares, una cifra doce veces mayor que el valor de toda la economía mundial.¹⁸

Apoyado por cambios en la informática y la tecnología, el trabajo, en su forma dominante, se organiza cada vez más de acuerdo con patrones colectivos que combinan no solo múltiples formas de trabajo variable manual e intelectual, sino crecientes modalidades de capital constante, capaces de contener y procesar información. La noción de «trabajador social», tal como la planteó Marx y la elabora Negri, sirve para pensar este cambio que hace menos relevantes las distinciones entre trabajo productivo y no productivo, trabajo manual y trabajo intelectual, capital variable y capital constante. El trabajo es cada vez más abstracto, más general. En tanto la sociedad, en su conjunto, está organizada por la lógica del capital, y el trabajo adquiere un carácter colectivo, la explotación no puede ser medida exclusivamente a nivel de la extracción de plusvalía dentro de la fábrica. Dado el efecto polarizante del mercado, esta reorganización del trabajo globalizado en términos crecientemente colectivos y abstractos, sin embargo, va acompañada por la multiplicación de distintos regímenes de trabajo tanto en los márgenes de la economía formal como en el seno de la informal, donde participan las mayorías excluidas de la economía globalizada. La globalización de la explotación ocurre a través de formas heterogéneas de trabajo, que incluyen la explotación de mano de obra barata tanto en el Sur como en los países centrales. La abstracción del trabajo en las zonas transnacionalizadas de la economía va unida a la

proliferación de modalidades informales e individuales asociadas con lo «tradicional», e incluso con lo colonial.

Bajo el imperialismo global, al igual que el trabajo y el capital, la naturaleza se transforma en una modalidad más abstracta de la riqueza, medida en términos del capital. Tratada como capital en el contexto de una economía mundial cada vez más desregulada, la naturaleza, en sus múltiples formas (la explotación de productos mineros y agrícolas, el turismo ecológico y «exótico», etc.) se convierte en la ventaja comparativa más importante de la mayoría de los países del Sur. En el contexto de un mercado global cada vez más abstracto, desterritorializado y liberado de anclajes nacionales, el debilitamiento de controles políticos en estos países, unido a la competencia de capitales internacionalizados, al mando de tecnologías sofisticadas, lleva a una intensificación y reterritorialización de la explotación de la naturaleza en las viejas zonas coloniales.

4. Los sujetos del imperio: alteridad y subalternidad

El imperialismo global implica una redefinición de los sujetos imperiales en términos que expresan el predominio del mercado sobre el Estado, de la movilidad sobre la territorialidad fija, y de la subalternidad sobre la alteridad. Los imperialismos colonial y poscolonial están fundamentados en una tensión entre el establecimiento, por vía de la política, de una diferencia básica entre los sujetos superiores del imperio occidental y los inferiores de sus dominios, y en la reducción de esta diferencia a través de procesos civilizadores. Esta tensión entre alteridad y equivalencia asimétrica ha dado pie a variados procesos de jerarquización y asimilación, a través de los cuales distintos imperialismos han definido a sus sujetos. En el colonial, los sujetos colonizados del Occidente son definidos, en términos de una alteridad fundamental, como salvajes localizados en lejanos territorios —como ocurrió durante el colonialismo ibérico—, o como primitivos ubicados temporalmente en una etapa anterior de la evolución de la humanidad, como ocurrió durante el colonialismo noreuropeo. En el imperialismo nacional, esta alteridad se reproduce en forma atenuada a través de la estructuración de un orden mundial de naciones formalmente soberanas, pero articuladas entre

ellas por relaciones profundamente asimétricas, las cuales, a su vez, se reproducen en el seno de las naciones, generando distintas formas de «colonialismos internos».¹⁹

A partir de la descolonización de Asia y África después de la Segunda guerra mundial, el Tercer mundo emerge como una categoría general que agrupa las heterogéneas ex colonias en búsqueda de la «civilización», definida como «desarrollo» o «modernización», sea por el camino capitalista del Primer mundo, o por la vía socialista del Segundo mundo. Con el fin de la Guerra fría, y con la hegemonía de la globalización neoliberal, este esquema de los tres mundos, surgido en los años 50, se ha disuelto, dando lugar a otra manera de construir las diferencias entre el Primer mundo u Occidente, y sus otros.

Bajo el imperialismo global, la representación dominante es la de un solo mundo, sin espacios externos por conquistar y sin imperios compitiendo por dominar los existentes. En lugar de una oposición radical entre un Oeste superior y sus otros inferiores, los discursos de la globalización neoliberal evocan la imagen de un proceso difuso, disperso por todo el mundo, sin agentes imperiales y poblaciones sometidas. En este esquema, la construcción de identidades colectivas a nivel mundial viene determinada, fundamentalmente, por patrones de inclusión diferencial en el mercado globalizado. Las diferencias son concebidas ya no como resultado de un proyecto político de unos Estados, sino como un efecto económico de la actividad de los individuos, lo cual hace que la subalternidad predomine sobre la alteridad como el modo dominante de representar las diferencias entre los sujetos sociales.

Bajo el predominio de la subalternidad, la alteridad queda sumergida pero no inactiva, como en un palimpsesto, matizando los discursos subalternos y aflorando como tal en grietas del orden global, como saqueos y motines, o a través de movimientos étnicos, y nuevos racismos y fundamentalismos. La explosión del 11 de septiembre de 2001 hizo aflorar un discurso colonial que yacía sumergido bajo la retórica liberal moderna; los sedimentos del palimpsesto no están fijos, sino que se rearticulan constantemente según las corrientes de la historia.

En este nuevo orden, el Primer mundo («Europa» o el «Occidente») se disuelve como unidad geohistórica con una base territorial y social limitada; pero a la vez cristaliza en un espacio mundial bajo una forma menos visible, pero más poderosa. Como si una vieja y perversa alquimia protegiera, una vez más, a los dominantes, el «Occidente» aparece ahora reencarnado con más fuerza que nunca en opacos conglomerados transnacionales que concentran en pocas manos un gigantesco poder económico, en estrecho apretón de

manos con los Estados metropolitanos. En este orden imperial, la ciudadanía nacional pierde terreno como el campo principal de formación de sujetos políticos, y entra en competencia con otros espacios identitarios basados en la etnia, la religión, la cultura, así como en los vínculos mercantiles transnacionales. El capital de las cúpulas de las burguesías «nacionales» del antiguo Tercer mundo está ahora repartido entre su base nacional y diversificadas inversiones internacionales. Así como los sectores dominantes transnacionales incorporan en forma diferenciada a sujetos de todo el globo, las mayorías están formadas por los, también diferenciados, subalternos de todas las naciones. Dentro de los espacios hegemonizados por el imperialismo global, el dominio sobre los sujetos a través de operaciones disciplinarias relacionadas con instituciones reguladas por los Estados en sus territorios nacionales, como la escuela, el hospital y la cárcel, se profundiza como resultado de la generalización de relaciones disciplinarias en todo el ámbito social y cultural. Si esto implica, como argumentan Deleuze, Negri y Hardt, el paso de la sociedad disciplinaria a la de control —de la disciplina de instituciones al control de la cultura—, habría que diferenciar dos modalidades de ese control: el internalizado por medios sutiles, en los ámbitos hegemonizados por la cultura capitalista, y el externamente impuesto, por medios coercitivos, sobre los excluidos, por el mercado. La primera modalidad de control forma a los sujetos para el mundo unido por un mercado globalizado; la segunda se ejerce coercitivamente sobre sujetos formados en las fracturas y exclusiones de ese orden, con el fin de mantenerlos aislados e inofensivos.

5. Saberes y disciplinas en el imperialismo global

El imperialismo global ha implicado un trastocamiento de los saberes, organizados en disciplinas formadas en relación con las unidades geopolíticas del mundo moderno, haciendo más evidente las limitaciones de sus premisas, divisiones y categorías. El nuevo orden global crea condiciones que llevan a la reorganización de los saberes en concordancia con los nuevos patrones de integración, tanto a nivel de la geopolítica como de los mismos conocimientos. Si estas condiciones conducen a la organización de saberes cada vez más globales, con limitaciones relacionadas con la corporativización creciente de las universidades, también abren espacios para desarrollar formas más universales del conocimiento.

A partir del siglo XIX, los saberes sociales se han organizado por medio de disciplinas académicas desarrolladas, sobre todo, en los centros imperiales europeos y en los Estados Unidos. Como ha señalado

el reporte de la comisión Gulbenkian, en el siglo XIX, cinco países producían casi el total de los saberes académicos, divididos entre las humanidades y las ciencias sociales y naturales; los conocimientos sociales se enfocaban fundamentalmente en sus propias realidades.²⁰ Este esquema fue modificado a partir de la Segunda guerra mundial, dando pie a una división disciplinaria que repartía entre los «tres mundos» las distintas disciplinas; si en sus inicios la antropología había sido la ciencia de la alteridad, especializada en los primitivos y los salvajes, a partir de 1945 se convirtió en la ciencia del Tercer mundo, enfocada hacia el estudio de sociedades «tradicionales».

A pesar de su carácter hegemónico, a partir de 1945 la división de las disciplinas ha estado acompañada de esfuerzos importantes por evaluar sus logros y criticar sus limitaciones. Críticas recientes han cuestionado la división triangular del conocimiento (ciencias naturales, ciencias sociales y humanidades), así como el carácter eurocéntrico de este. Trabajos producidos tanto dentro de las disciplinas como contra ellas han criticado su complicidad con el orden cultural dominante. Tales críticas han hecho evidente que sus premisas y fundamentos —por ejemplo, el contraste entre lo natural y lo cultural, el pasado y el presente, lo temporal y lo espacial, lo objetivo y lo subjetivo— deben ser interrogados en vez de asumidos. A través de la atención que se le ha prestado a la relación poder-conocimiento, estas críticas también han interrogado a los postulados universales de teorías y conocimientos regionales.

Junto con los estudios posmodernos, los culturales, feministas y poscoloniales han aportado una importante contribución a esta crítica al conocimiento occidental. La inclusión de los excluidos no solo añade las experiencias de la multiplicidad de pueblos del mundo, sino que hace más evidente los puntos ciegos y las exclusiones de teorías regionales, lo cual posibilita el desarrollo de modos de conocimiento más complejos e incluyentes. Los saberes críticos desarrollados en los centros metropolitanos en los últimos veinte años expresan una tensión entre la crítica al pensamiento occidental y a la reproducción de una visión «occidentalista» del mundo,²¹ y participan, cada vez más, en la construcción del «sentido común» académico actual, creando tanto posibilidades como límites para el desarrollo del conocimiento crítico.

Si fuéramos a caracterizar estos distintos saberes a través de contrastes simplificadores, diríamos que en respuesta a la crítica de los metarrelatos modernistas y sus variados fundamentos teóricos, los nuevos saberes privilegian interpretaciones más acotadas que enfatizan el juego entre múltiples dimensiones de la realidad y

destacan el carácter contingente, parcial e indeterminado del acontecer histórico. Si fuéramos a personificar esta contraposición de saberes, podríamos señalar que implica un desplazamiento de Marx a Nietzsche, de Gramsci a Foucault, de Althusser a Derrida. Si fuéramos a destacar el reordenamiento de influencias entre las disciplinas, diríamos que los estudios lingüísticos y literarios ocupan ahora el espacio que antes había asumido la economía política. Si contrastamos sus categorías analíticas dominantes, notaríamos un paso del lenguaje al habla, de clases sociales al discurso, de lo colectivo a lo individual, de estructuras objetivas a formaciones subjetivas, del sujeto como actor al sujeto como efecto, de unidades discretas a híbrides entre ellas. En cuanto a sus estrategias narrativas, distinguiríamos entre las explicaciones totalizadoras asociadas a la modernidad y los recuentos fragmentarios del posmodernismo. En cuanto a su enfoque, habría que señalar un movimiento de lo profundo a la superficie, de lo subyacente a lo visible. En cuanto a modos de explicación, diríamos que involucran un énfasis no ya en relaciones de causalidad y determinación, sino en el entrecruzamiento contingente e indeterminado de múltiples factores. El tono de los nuevos saberes se caracteriza no por la pasión y la certidumbre, sino por la ironía y la duda. Esta enumeración algo caricaturesca de contrastes podría ampliarse, pero lo esencial es que los nuevos saberes se han elaborado en oposición a lo «moderno», aun cuando, en algunos casos, estas distintas corrientes estén entrelazadas, y sus contrastes, más atenuados.

El universo histórico de este campo de saberes ha sido definido por la experiencia de los países metropolitanos, sobre todo los anglosajones. Tal predominio de una región del mundo es especialmente evidente en los estudios poscoloniales y subalternos, que han sido definidos, sobre todo, por la experiencia de Europa noroccidental en África y Asia en los siglos XIX y XX. El magnífico libro *Culture and Imperialism*, de Edward Said,²² una de las figuras más importantes de este campo, es emblemático en este sentido, pues se enfoca —como ha destacado Peter Hulme—,²³ en la experiencia colonial británica y francesa del siglo pasado al presente, abarcando un área geográfica que va de Argelia a la India. Cuando Said habla de los Estados Unidos como un poder imperial, examina su papel como tal después de la Segunda guerra mundial, sin tomar en cuenta su origen como una colonia de población de británicos, españoles y franceses, el proceso de colonialismo interno a través de los cuales la población nativo-americana fue sometida, y sus designios imperiales en las Américas y el resto del mundo desde finales del siglo XIX hasta el presente.

Tal vez el ejemplo más relevante para América Latina sea el del Grupo de Estudios Subalternos de Surasia, fundado en los 80, que ha dado nuevo impulso a los estudios coloniales y servido de modelo, o al menos de inspiración, para el desarrollo del Grupo de Estudios Subalternos Latinoamericano. El grupo, liderado al principio por Ranajit Guha, ha sufrido una evolución desde la inspiración gramsciana de sus orígenes —cuando buscaba integrar de algún modo la cultura y la economía política— hacia trabajos cada vez más influenciados por Foucault y Derrida, que enfatizan, más bien, la separación de estos campos o, a lo sumo, la necesidad de manejarlos alternativamente; como ha dicho Prakash, como si se jinetearan a la vez dos caballos independientes. Aun cuando este grupo ha expandido considerablemente su campo de investigaciones, del estudio de campesinos hacia otros sectores, su marco teórico se ha polarizado hacia lo discursivo y sus referencias geográficas y temporales siguen signadas por un predominio de estudios históricos sobre el impacto en la India del colonialismo británico. Incluso, cuando estaban inspirados originalmente por las limitaciones del proyecto nacional después de la independencia, en 1947 (como se evidencia en la ya clásica formulación de Rajaniti Guha *the failure of the nation to come into its own*, es decir, «el fracaso de la nación de realizarse como tal»), estos trabajos, concentrados en la época colonial, no han tratado con igual atención los efectos del poder ejercido por Inglaterra y los Estados Unidos en el período propiamente poscolonial.

El Grupo de Estudios Subalternos Latinoamericano nació de la búsqueda de un modelo alternativo, después de las derrotas políticas de los 70.²⁴ Si bien el del sur de Asia le ha servido de inspiración y ha ayudado a desarrollar trabajos importantes, ha sido menos útil para cumplir con su propósito, que concuerda con una constante preocupación del pensamiento latinoamericano: estudiar la «dominación y la subordinación no solo en el pasado, sino también en el presente».²⁵ La cuestión es desarrollar las categorías para perseguir este fin.

A modo de conclusión

Se trata no solo de ver lo que no se ha visto, sino ver cómo no se ha visto. Creo que la inclusión de reflexiones sobre y desde las Américas servirá para integrar el estudio de distintas modalidades de dominación en el pasado y en el presente, pero solo en la medida en que ayude a superar los límites y las polarizaciones conceptuales que caracterizan, en la actualidad, los estudios culturales y poscoloniales en los

centros metropolitanos y en sus áreas de influencia —su sentido común hegemónico. Para ello es necesario no solo observar la experiencia de las Américas de acuerdo con las ópticas posmodernas y poscoloniales, sino transformar esas perspectivas por medio de una confrontación con la experiencia de América y sus riquísimas reflexiones. Si hasta ahora la crítica del eurocentrismo ha servido para desmitificar el conocimiento producido en un mundo colonizado por Europa, en la coyuntura actual la crítica de lo que he llamado «globocentrismo» debe desmontar los discursos y conocimientos a través de los cuales se ejerce el poder y se establecen diferencias en un mundo globalizado y dominado por nuevos centros de poder.²⁶ Al mismo tiempo, esta crítica, nutriéndose de las múltiples respuestas que está encontrando el imperialismo global, desde variadísimos «bolsones de resistencia», serviría para entrelazarlos.

Estos fragmentos sobre el imperialismo global intentan haber contribuido a este objetivo. Aspiro a que una concepción amplia del imperialismo ayude no solamente a expandir la discusión sobre la globalización y el imperialismo, sino a redefinir sus términos. Toda discusión terminológica corre el riesgo de desplazar la discusión de realidades concretas hacia estratosferas semánticas, donde el mundo, de pronto, aparece distante y claro a la vez. Tal vez se pueda reducir ese riesgo aterrizando en los campos de lucha de la historia, donde las palabras participan en la realización de distintas visiones de lo posible, y cargan con el sentido de sus consecuencias. Con respecto a esta responsabilidad de la palabra frente a la historia, el artículo de Marcos sobre la «Cuarta guerra mundial» es también ejemplar. Marcos no menciona al imperialismo por su nombre, a pesar de que no hace sino hablar de él y reaccionar contra sus efectos. Valga recordar la conocida observación de Jorge Luis Borges sobre la ausencia de camellos en el Corán: un hecho tan familiar que no requiere ser nombrado prueba la autenticidad del texto. Mientras el imperialismo siga vigente, ojalá que, en el campo académico, su ausencia como categoría llegue a expresar el sentido común con que lo afrontamos, y no los silencios del sentido común imperial.

Notas

1. Este ensayo es una versión revisada de un trabajo que presenté en la Conferencia sobre imperialismo, organizada en el Torcuato di Tella, en Buenos Aires. Mi agradecimiento especial a Ricardo Salvatore, cuyas agudas observaciones me ayudaron a mejorarlo.

2. Rossana Rossanda, en *Il Manifesto*, Roma, 2001.

3. Bruce Cumings, «Global Realm with no Limit, Global Realm with no Name», *Radical History Review*, n. 57, 1993, p. 47; Gil

- Joseph, «Towards a New Cultural History of U. S.-Latin American Relations», *Close Encounters of Empire. Writing the Cultural History of U. S.-Latin American Relations*, Duke University Press, Durham, 1998, p. 6.
4. Gil Joseph, ob. cit.
5. Jorge Klor de Alva, «The Postcolonization of the (Latin) American Experience: A Reconsideration of “Colonialism”, “Postcolonialism”, and “Mestizaje”», en Gyan Prakash, ed., *After Colonialism. Imperial Histories and Postcolonial Displacements*, Princeton University Press, Princeton, 1992, p. 247.
6. Subcomandante Marcos, «La Cuarta guerra mundial ha empezado», *Le Monde Diplomatique*, 1 de agosto de 1997, pp. 4-5.
7. Vladimir I. Lenin, *Imperialism. The Highest Stage of Capitalism*, Editorial Progreso, Moscú, 1950.
8. Karl Kautsky, «Imperialism», *New Left Review*, v. LIX, Londres, 1970, pp. 39-46.
9. Eric J. Hobsbawm, «Addressing the Questions», *Radical History Review*, n. 57, 1993, pp. 73-5.
10. Michael Hardt y Antonio Negri, *Empire*, Harvard University Press, 2000.
11. Harry Magdoff, «Comments on Imperialism», *Radical History Review*, n. 57, 1993, pp. 76-81; Harry Magdoff, *Imperialism: From the Colonial Age to the Present*, Monthly Review Press, Nueva York, 1978.
12. Michael Geyer, «Concerning the Question: Is Imperialism a Useful Category of Historical Analysis?», *Radical History Review*, n. 57, 1993, pp. 65-72.
13. Hans Kohn, *Nationalism and Imperialism in the Hither East*, Fertig, Nueva York, 1969.
14. Nicos Poulantzas, *Classes in Contemporary Capitalism*, NLB, Londres, 1974, p. 9.
15. Leo Panitch, «The New Imperial State», *New Left Review*, n. 2, Londres, 2000, pp. 5-20.
16. Aníbal Quijano, «Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina», en Edgardo Lander, ed., *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, CLACSO, Buenos Aires, 2000, pp. 201-46.
17. Walter D. Mignolo, *Local Histories, Global Designs. Coloniality, Subaltern Knowledges and Border Thinking*, Princeton University Press, Princeton, 2000.
18. Fernando Coronil, «Towards a Critique of Globalcentrism: Speculations on Capitalism's Nature», *Public Culture*, v. 12, n. 2, 2000, pp. 351-74.
19. Pablo González Casanova, «Internal Colonialism and National Development», *Studies in Comparative International Development*, v. 1, n. 4, 1965, pp. 27-37; Rodolfo Stavenhagen, «Classes, Colonialism and Acculturation. Essay on a System of Inter-ethnic Relations in Mesoamerica», *Studies in Comparative International Development*, v. 1, n. 6, 1965, pp. 53-77.
20. Immanuel Wallerstein et al., *Open the Social Sciences. Report of the Gulbenkian Commission on the Restructuring of the Social Sciences*, Stanford University Press, Stanford, 1996.
21. Fernando Coronil, «Más allá del occidentalismo: hacia categorías geohistóricas no imperiales», *Casa de las Américas*, n. 214, La Habana, 1996, pp. 21-49.
22. Edward Said, *Culture and Imperialism*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1993.
23. Peter Hulme, «La teoría poscolonial y la representación de la cultura en las Américas», *Casa de las Américas*, n. 202, La Habana, 1996, pp. 3-8.
24. John Beverly, *Subalternity and Representation. Arguments in Cultural Theory*, Duke University Press, Durham, 1999, p. 5.
25. Ibídem, p. 7.
26. Fernando Coronil, «Towards a Critique of Globalcentrism...», ob. cit.
- © TEMAS, 2003.